

VUELTA AL MUNDO

Elogio de la teología de la liberación



TONI COMÍN

Querido Antoni Bentué: He leído con interés la entrevista que te hizo nuestro común amigo Pere Escorsa para el número de *El Ciervo* del mes pasado.

Tus reflexiones sobre la felicidad, la gratuidad y el amor –unas reflexiones que, no sé por qué, imagino pronunciadas con voz pausada y suave– me hicieron sentir en casa. Sin embargo, me desconcertó profundamente ver lo que comentas respecto de la teología de la liberación. Por esto, me he permitido la libertad de recordar algunas de las ideas claves de esta corriente teológica al hilo de tus palabras. Tómalo como una participación diferida y fraterna en vuestra conversación.

Dices ahí que uno de los problemas de la teología de la liberación fue “la unión que se dio, a veces indiferenciada, entre cristianismo y marxismo. El marxismo clásico, ortodoxo, funciona por la supresión de Dios como fundamento de sentido, del Dios revelado en Jesús, sustituyéndolo por la utopía: la sociedad sin clases. (...) En cambio, en el cristianismo, el criterio no es la utopía sino el reino de Dios, que nos es dado, es Don; (...) el Reino de Dios es Gracia”.

Quienes hemos bebido en la fuente de la teología de la liberación sabemos que nada hay más alejado de su sentido original que esta sustitución de la que tu hablas. Permíteme que me remita a la obra fundacional de la corriente, el libro de G. Gutiérrez, titulado justamente *Teología de la liberación*. Dice allí: “La esperanza cristiana nos abre, en una actitud de infancia espiritual, al don del futuro prometido por Dios, evitándonos toda confusión del reino con una etapa histórica determinada, toda idolatría frente a un logro humano inevitablemente ambiguo, toda absolutización de la revolución. (...) El evangelio no nos proporciona una utopía, ésta es obra humana, la palabra es un don gratuito del Señor. Pero el evangelio no es ajeno al proyecto histórico, por el contrario, proyecto humano y don de Dios se implican mutuamente.”

Explica otro fragmento: “Liberación política, liberación del hombre a lo largo de la historia, liberación del pecado y

entrada en comunión con Dios: estos tres niveles se condicionan mutuamente, pero no se confunden; no se dan el uno sin el otro pero son distintos: forman parte de un proceso salvífico único y global, pero se sitúan en profundidades diferentes. No sólo no hay reducción del crecimiento del reino al progreso temporal, sino que gracias a la palabra acogida en la fe el obstáculo fundamental al reino, el pecado, nos es revelado como la raíz de toda miseria e injusticia; y el sentido mismo del crecimiento del reino nos es manifestado como la condición última de una sociedad justa y de un hombre nuevo.”

Diría que en esta última frase está la clave o la gracia –permíteme el equívoco– de la teología de la liberación. No sólo no reduce el Reino a la utopía histórica, sino que más bien lleva a cabo la operación contraria: reduce la lucha por la justicia a la aceptación de la gracia de Dios. Nos dice que la utopía de una sociedad justa sólo se puede sustentar en la fe. Fe en que Dios existe y que es “amor”, un amor nunca arbitrario, pero siempre gratuito.

Quizás podríamos resumir lo que muchos hemos aprendido de esta teología en una doble enseñanza: por un lado, la fe *purifica* los compromisos históricos, evitando toda absolutización del horizonte utópico-político al que apuntan; por el otro, estos compromisos históricos, sociales, son los que *verifican* la fe. Gracias a esta teología hemos aprendido a no confundir el Reino de Dios y las utopías que buscan la emancipación humana, precisamente porque esto sólo se logra, aunque parezca paradójico, cuando se comprende que el Reino no es en absoluto ajeno a estas utopías. ¿Cómo se puede creer en el Dios del que habló Jesús, el Padre amoroso, y no compartir las causas que persiguen la felicidad de los hombres?

Permíteme una última cita: “Sin acontecimientos históricos liberadores, no hay crecimiento del reino, pero la liberación no habrá vencido las raíces mismas de la opresión, de la explotación del hombre por el hombre, sino con el advenimiento del reino, que es ante todo un don. Es más, puede decirse que el hecho histórico, político, liberador *es* crecimiento del reino, *es* acontecer salvífico, pero no es *la* llegada del reino, ni *toda* la salvación.”

Dices también que “el hundimiento

de la utopía socialista evidenció que bajo la construcción del socialismo continuaba vigente el mismo egocentrismo de siempre. (...) En la medida en que se había hermanado la teología de la liberación con la utopía marxista, la perestroika produjo una cierta bajada de tono o incluso un desprestigio de esta teología.” Deja que te cite otro de los libros centrales de la corriente, *Gracia y liberación del hombre*, de Leonardo Boff, escrito en 1978. Dice allí, en relación con la cuestión a la que aludes: “La crisis del *ethos* de la modernidad ha puesto de manifiesto su más secreta intención: la voluntad de poder (...) Los regímenes actuales bajo los que vive el hombre, el capitalismo occidental y el capitalismo comunista de Estado, resultan comprensibles dentro de los parámetros de la modernidad. El comunismo, en su nivel estructural, no representa una alternativa frente al modelo de la modernidad, ya que ha asimilado y privilegiado la función analítico-instrumental de la razón, la ciencia como pura dominación (...). Las relaciones hombre naturaleza y hombre-hombre son indiferenciadamente las mismas, dando lugar a una visión predominantemente económica de los problemas sociales.” Sirva este párrafo para aclarar que nada más alejado de la teología de la liberación que esto que tú denominas “teología del poder”. Y sirva de paso para mostrar que la preocupación ecológica está en la obra de Boff desde sus inicios, y no como una salida de urgencia ante el fracaso del socialismo real, como tú interpretas. Hay muchos otros ejemplos que lo demuestran.

En cualquier caso, creo que la teología cristiana le podía haber prestado pocos servicios mayores que éste al hombre del siglo XX: ayudarlo a entender en profundidad la dialéctica ineludible entre fe y compromiso político, ayudarlo a comprender que el Reino no es una realidad histórica, pero que no se puede esperar ni “construir” al margen de la historia. Quizás no sea exagerado decir que seguramente habrá sido la teología de la liberación la que, en el siglo XX, haya salvado al cristianismo.

Un abrazo fraternal de tu tocayo. □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de ESADE